

Cuba después de Fidel Castro

Demetrio Boersner*

La renuncia del veterano líder de la revolución cubana, Fidel Castro Ruz, a la permanencia en la máxima conducción del Estado sin duda marcará el inicio de una etapa de cambios en la isla. En un régimen autocrático de tipo socialista autoritario o comunista, el líder máximo generalmente logra arbitrar los intereses de diversos grupos sociales por algún tiempo, pero si su mandato se prolonga, termina identificado con la nueva clase privilegiada y conservadora, mientras crece el número de inconformes y de disidentes en potencia. Así ha ocurrido en Cuba, y es muy probable que en el actual momento la gran mayoría de la población del país salude con alivio la dimisión de Fidel y mire esperanzada hacia las decisiones liberadoras que pueda tomar una nueva generación de dirigentes, más cercanos a la gente y conscientes de sus necesidades.

Vida excepcional, la de este viejo revolucionario y estadista que, pese a su cuerpo enfermo y su energía disminuida, conserva la lucidez y quizás aún ejercerá influencia asesora por algún tiempo. Hace sesenta años, inició su liderazgo político en el seno de una juventud cubana radical, pero ubicada en el ala izquierda de la socialdemocracia más bien que en el comunismo. En el exilio mexicano se aproximó un poco más a posiciones bolcheviques pero no necesariamente estalinistas, tomó sus distancias frente a socialdemócratas

ponderados como Rómulo Betancourt, y conoció a Ernesto ("Che") Guevara, personaje carismático, sembrador de utopías y de revoluciones fracasadas. La lucha guerrillera en la Sierra Maestra, que al comienzo pareció destinada a la derrota, cobró ímpetu político y militar en 1958, y el 1º de enero de 1959 se derrumbó la dictadura batistera, carcomida por su podredumbre interna, a la vez que golpeada por diversos movimientos de resistencia, entre ellos el del "26 de Julio". La figura de Fidel Castro, ensalzada por medios nacionales e internacionales, encarnó las esperanzas reformistas del pueblo liberado, y durante un año mantuvo posiciones patrióticas, latinoamericanistas y de izquierda democrática que fortalecieron su popularidad y su prestigio.

A partir de 1960, las crecientes pugnas y tensiones con intereses norteamericanos y con el propio gobierno de Washington determinaron un deslizamiento del proceso cubano hacia el marxismo-leninismo y la adhesión al bando soviético en la guerra fría. Hasta hoy se debate sobre si Fidel siempre tenía la intención de dar ese paso cuando las circunstancias se lo permitieran, o si sólo se volvió comunista bajo el empuje de dichas circunstancias. Uno de sus biógrafos mejor informados y objetivos –Tad Szulc– sostiene la primera de estas tesis. Pero en todo caso, el socialismo autoritario de Castro durante sus primeros años –1961-67– tuvo características nacionales autónomas y sólo a partir de 1968 adoptó el modelo soviético de manera casi total.

La revolución cubana enfatizaba su aspecto nacional-revolucionario y antiimperialista. Aún formando parte del llamado campo socialista, también militaba en el seno del movimiento de los países no alineados y trataba de ganar el control del mismo.

Sin duda el proceso revolucionario cubano conllevó refor-

mas sociales de contenido progresista en ámbitos como la erradicación de la miseria extrema; una ruda equidad distributiva dentro de la escasez generalizada; la garantía del pleno empleo y de la seguridad social para todos; un sistema de educación pública gratuita, universal y difusora de principios de solidaridad; la desaparición del analfabetismo y el mejoramiento de la salud pública, así como la prédica y práctica de la igualdad racial. Pero por el otro lado se cercenaron las libertades y derechos de la persona individual: imposición de una sola ideología oficial y represión de todo pensamiento disidente; concentración absoluta del poder en manos del partido único y de la nueva clase burocrático-militar; aniquilamiento del sindicalismo libre; reclusión de miles de presos políticos o de conciencia en cárceles y campos de concentración; numerosos fusilamientos; prohibición de salir del país sin autorización del gobierno y penalización del intento de salida ilegal. A esta dura represión política se agregó el atropello inhumano que constituye la súbita expropiación de la totalidad de los medios de producción y de intercambio, inclusive los más humildes y artesanales, que antes de 1961-62 se encontraban en manos de la clase media o de trabajadores independientes. Las capas medias, que habían apoyado a la revolución con entusiasmo y lealtad mientras ella mantenía su inicial carácter socialdemócrata y no comunista, quedaron liquidadas como clase social por ese brutal despojo.

El efecto de la creación de una economía totalmente estatizada fue –al igual que en otros países de régimen comunista– la caída en el inmovilismo burocrático y la escasez crónica de muchos bienes y servicios. Fidel Castro siempre tuvo conocimiento de estos males, pero oficialmente culpaba al bloqueo norteamericano, a la vez que se negaba a admitir que el único

remedio efectivo podría consistir en una liberalización económica y política, incluido el restablecimiento de la pequeña y mediana propiedad privada, tal como lo había hecho Lenin en 1921 cuando implantó la “Nueva Política Económica (NEP)”. En lugar de ello, confiaba en la constante y amplia ayuda económica que la URSS suministraba a Cuba para así mantener su base estratégica en el hemisferio occidental.

Pero colapsó el sistema soviético en 1989-91, y Cuba se vio obligada a recurrir a un sistema liberalizante de dos economías, que permitió un incremento de las inversiones de capitales privados extranjeros en la isla, el acceso de algunos cubanos a pagos en divisas y el resurgimiento de un muy modesto sector privado en la economía del país. Durante ese lapso, Fidel Castro se mostró moderado en su política exterior, y agradecido a gobernantes tales como el venezolano Carlos Andrés Pérez, quien realizó esfuerzos de mediación entre Cuba y Estados Unidos y trató de lograr la gradual reinserción de la isla en el sistema interamericano. Por ello, en 1992, Castro condenó duramente el complot de golpe de Estado del teniente coronel Hugo Chávez contra el gobierno constitucional de Venezuela.

Pero el gobernante cubano nunca dejó de anhelar el retorno al viejo sistema de estatismo puro y duro, y sintió inmensa alegría cuando Hugo Chávez, llegado al poder esta vez por vía electoral, comenzó a manifestar su inmensa e inesperada generosidad financiera hacia los revolucionarios que admiraba y anhelaba imitar. Con la espléndida ayuda de los petrodólares venezolanos —que suplen plenamente los subsidios soviéticos del pasado— Fidel pudo reimplantar su línea dura en la isla.

Esencialmente, la línea de Fidel siempre ha sido dura en lo concerniente a la política y es-

tructura económica internas de Cuba. Favorece la estatización económica total y el monolitismo ideológico, coincidiendo en esos planos con el difunto Che Guevara (aunque éste pretendía acelerar románticamente el surgimiento del hombre nuevo y el arribo al comunismo perfeccionado). Asimismo, en su estrategia de largo plazo, Fidel cree en la lucha antiimperialista más constante, implacable y universal. Ello quedó de manifiesto en su entusiasta respaldo, antes de 1968, a la política de exportación violenta de la revolución hacia otros países, y en su actitud frenética durante la crisis de los cohetes, en 1962, cuando quiso que Jruschov volase el mundo más bien que transigir con Kennedy.

Por el otro lado, cuando las circunstancias imponían la absoluta necesidad de un viraje hacia tácticas más blandas (como en 1967-68 cuando Guevara murió en la selva boliviana y por su parte Moscú exigió el abandono de la política de expansionismo revolucionario violento, o en 1991, cuando la URSS desapareció del mapa), Fidel también ha sabido asumir la apariencia de estadista maduro y ponderado, persuadiendo a Daniel Ortega que no se proclamara socialista en 1980 (ya que “en América no cabe más que un solo país socialista”), cultivando la amistad de Carlos Andrés Pérez para alentar reformas internacionales parciales, y encantando a mucha gente de izquierda moderada con su simpatía, cultura e informalidad.

Sin embargo, luego de ilusionarse con Chávez y relanzar por un tiempo su línea dura interna y exterior, Fidel Castro parece estar llegando, finalmente, no sólo al término de su existencia terrenal, sino también al colapso de sus mayores esperanzas políticas. Desde hace más de un año, el caudillo venezolano, ensoberbecido, está dando traspés internacionales, provocando reacciones adversas y auto-

aislándose diplomáticamente. La derrota electoral del 2 de diciembre de 2007 ha afectado brutalmente su prestigio mundial. Al mismo tiempo su base económica ha entrado en crisis y podría derrumbarse. (Al parecer, Castro trató de disuadir a Chávez de su proclamación del socialismo pero por una vez no ha sido escuchado).

Estos acontecimientos externos han alentado en Cuba misma el ascenso de la corriente crítica y renovadora en el seno del partido comunista. Desde hace años, dirigentes revolucionarios lúcidos y realistas han visto que la evolución general del mundo va en el sentido de una ineludible globalización bajo predominio capitalista transnacional. El proceso histórico analizado por Marx puede ser real, pero avanza a un ritmo mucho más lento del previsto por los clásicos. Lo más que se puede esperar, para mantener encendida una llama de esperanza socialista, es actualmente la construcción de espacios socialdemócratas, de economía mixta o “economía socialista de mercado”, a la manera del gran ensayo lanzado en 1978 por Deng Xiaoping en China. Para Cuba, ello implicaría iniciar una liberalización económica y también política interna (inicialmente controlada por el partido único) que iría al encuentro de iniciativas de apertura por parte de elementos democráticos reformistas del Norte. Esta corriente renovadora o china parece disfrutar del apoyo del nuevo presidente provisional cubano, Raúl Castro, y de un numeroso grupo de dirigentes de las generaciones media y joven. El pueblo, agobiado de problemas económicos, evidentemente mira esas iniciativas con simpatía mayoritaria. Por ello, es probable que la eventual desaparición física de Fidel Castro coincidirá con la derrota de sus fórmulas políticas semiestalinistas y con el posible avance hacia una Cuba más libre y humana.